

La casa azul

Guadalupe Galván

Para Aurora, Celia,
Jenny, Alba,
Iraida, Amelia,
Alejandra
y María

Para Marosa di Giorgio

Cartografía

Mapas, brújulas, ciudades
cartografías, puentes
calles largas e inclinadas
breves provisiones
barullo nuevo

Anoche terminé de tallar mis remos
Descansan esta tarde tras la puerta
Ya guardé mis sandalias
en la maleta rota
Sólo me falta completar este verso
para iniciar el viaje

Volvían los ojos a los trenes detenidos en las estaciones antiguas y quedaban vidriosos por el contacto turbulento de los lagos.

Al regreso, la ciudad abandonada había cambiado. Estaba entumecida. Llena de ecos y temblores.

Ella bajaba las avenidas y enmudecía al ver al cíclope mirándolos volver.

Volvían pero ya todo era otra prisa, otras ruedas, otros espacios tan estrechos y habitados.

La luna ya no era ni luna ni blanca, era sólo un ojo en el cielo negro.

Ella se pasaba buscándola en alguna azotea, en un patio, en una ventana hasta que el gato negro huía por su insistencia

La nieve y el sol adormecieron a los viajeros
Los montes negros mostraban sus dientes blancos
en medio del sopor

Humo congelado

La sonámbula recorrió las gargantas de los cerros

Cantó algunas canciones junto al pozo
Juntó pétalos enlutados por el sueño

Escuchó a los durmientes
Calzó y midió las piedras
justo antes del ahogamiento en la tormenta

Un hombre abrió sus ojos
y el jardín calcado se llenó de anémonas
que tiñeron el cemento de las calles nocturnas

Los ecos extendieron el espacio en la orilla

El viaje oscureció

La mujer duerme
su sueño vertical contiene el universo

Duerme la selva
y duerme la palabra

El hombre contempla el recorrido
escucha el pozo
y la plata temblorosa cae
sobre el silencio de los que recién despiertan

Yo los miro
y adormecida
enciendo los racimos en las ventanas

Crece una adormidera
entre las primeras palabras
de un verso

Construir lámparas. Hacer un cerco de luz que rodee nuestra casa y colocar lámparas en cada puerta.

Desde la calle, a través de las ventanas, se vislumbraría la luz mientras se apaga la tarde.

Juntos seguiríamos construyendo nuestras lámparas con papel de ajo, velos, dibujos y telas de araña.

Brillarían tanto como el árbol que alumbra nuestra puerta

Duermo

Sólo veo

venas azules en un mapa

Salimos de la pequeña casa que construimos. Queríamos cantar sólo de verla terminada. Frotamos nuestras manos astilladas por el trabajo.

Agotados nos fuimos a caminar muy lento. El sol tímido trazaba una línea entre las pequeñas hierbas y flores moradas que milagrosamente habían nacido en medio de un desierto blanco y gélido.

Sólo por esa tarde nos perdimos en una densa niebla, en una nube-barco, en un viaje de humo

Ayer
un viento arrastró
arena del desierto
y pintó la nieve de rojo

Hoy un caracol de mar nos trasladó hacia una isla donde el viento habitaba.
Silencio y viento. Una que otra ola agitada. Volvimos agotados y dichosos.

Después, colocamos nuevamente el caracol sobre la mesa

En la orilla
el sol hace sangrar las piedras

Nadie duerme en la playa

Durante tres madrugadas la luna tocó fuerte a mi ventana. Desperté de golpe dejando las hebras del sueño mezcladas entre su cabello y el mío. Fueron tres madrugadas seguidas. Abrir los ojos y ver pegada a la ventana su boca blanca diciéndome, callando algo. Tuve miedo de su idioma, de los velos que ondeaban en su superficie.

Me asomé a la calle. Un árbol desangraba sus vetas en una esquina desierta. Borraba los nombres escritos en su tronco. Me conmovió ¿Sería una señal? Volví a la cama. La sangre se me inquietó. La luna no dejaba de acosarme con su mirada afilada y ceniza. Y yo no dejaba de pensar en el árbol suicida

Los árboles que nacen
por la mañana aún oscura
se asoman curiosos
rozando los cristales
para mirarnos

La ciudad me arañó la mirada esta tarde hosca y tumultuosa.

¿Quién me miró hoy en la ciudad?

Sin embargo todos me iban desprendiendo un trozo, una bocanada de aliento que aún no terminaba de asombrarse.

¿Es esto una ciudad? ¿Son ellos, ciudad?

Pensaba mientras su mano me trasladaba con sutil velocidad por las calles oxidadas

El humo
la niebla
me persiguen

y devora las águilas

Sus ojos de pequeña hada
se clavaron en mí
en medio de la calle tumultuosa

Todo era lluvia y lunidad

Perfil de calles grises dando vuelta a la esquina
al barullo incesante
a los tambores nocturnos

Sonambulismo en la ciudad

Los faroles son zancos
 en los que baila la luna
su ritmo retumba en la plaza
Los metales dejan escurrir su sonido
Los relojes se alargan

La noche disfrazada danza
sacudiendo sus hilachos

Domingo:

Otra vez la víspera de lo cotidiano

Otra vez los desvelos diurnos

Algo queda
Cada música
es infinita música
agua espesa
sonando como una campana
en la memoria de quien se pierde entre la gente
de quien sabe
que cada camino
es infinitos caminos
terrazas altas
portones de una ciudad de signos confusos
y patios imaginados
Cada valija
es infinitas valijas
Cada palabra
no llega a ser una
y apenas se alcanza en el trazo
de quien la escribe

El color del día entra en la noche
-línea de río ayuntándose en el mar-
la habitación se llena de mercurio
la música se acerca
Él pronuncia tres veces
el nombre de la noche

Hay un olor
que dejan en mí las palabras

Óxido en los barandales
papeles borrados
esperas olvidadas de la gente
sobras de una ciudad ilimitada
sostenida por el agua y con el pasmoso asombro de verse reflejada
sitio donde confluyen todos los lugares, todas las ciudades reales y las
invisibles, donde se reúnen en una cita azarosa todas las voces que uno
contiene, todas mirando al mismo tiempo la banca, el reflejo en el agua, los
rostros distintos

Algo leo en el faro
que tiembla en mi memoria

Dios duda de sí mismo, duda de su propia existencia, de sentir de golpe que vive sólo dentro de las ideas de ciertos hombres. Siente terror de saberse inventado por una criatura como esa. Si tuviera cuerpo, tendría el ceño fruncido.

El hombre le está haciendo una mala broma.

Dios duda pero finge majestuosa entereza.

Dios duda.

Despierta y se mira en el cielo que es su espejo
y se dice con tibia firmeza: Sí. Existo

La sustancia de los objetos en lo oscuro se vislumbra en la sombra de las palabras.

Toda su quietud y su sólida melancolía traspasa el silencio

Este puente que sostiene el vino y las manos sigue fijo. Su madera verde se ha ensanchado, ha marcado nombres en sus estrías. Ha escuchado tantas calles, ecos y países. El café mancha su blanca piel calada.

He visto tantos puentes de éstos, en otras casas donde los niños lo cruzan por debajo sintiendo el escondite y el peso de su altura, la emoción del recorrido breve y la llegada a la otra orilla para seguir su camino mientras corren.

Me gustan los puentes breves como éstos. Por los que sólo puede transitar un par de copas o tazas. La distancia parece corta pero siguen existiendo caminos por recorrer en ese terreno lacónico, breves follajes, carreteras solitarias, faroles iluminando la orilla, violetas estrenadas, estrellas sin velos, miradas inusitadas, dedos danzantes y encuentros, principio esencial del puente.

La mayoría de éstos puentes son negros y muy esbeltos, sus pilares son de cemento. Se extienden en todas las ciudades. Sostienen calles, viejos zapatos y avenidas. Sobre ellos transitan pájaros cansados del vuelo y marcan ahí sus signos y sus notas. Convierten estos puentes en libretas rayadas y en pentagramas vacantes.

A veces el peatón se detiene a descifrar esos mensajes secretos. Algo le dicen, algo lo retrasan. La gente de atrás lo apura, la luz parpadea.

Estos puentes sostienen las ciudades pendientes de ellos. Si uno se rompe, se rompen las banquetas y queda todo en absoluta oscuridad.

En la estación se queda el aliento de los pasajeros. Ya lo veo, se confunde con el que limpian en el aire los pañuelos de las despedidas.

Desde aquí el espacio se vuelve extenso en su lejanía: las bancas ya deshabitadas vuelven a su contemplación cotidiana.

¿Quién le habrá dicho a esa mujer que esta tarde saldrá otro tren? ¿Qué espera ahí con sus ojos tristes y sus manos extraviadas? Y aquella maleta en el rincón ¿qué la detendría a tomar este último tren? Ese tren que recién ha pasado debajo de mis pies y que hace retumbar este angosto concreto suspendido entre el miedo de la maleta olvidada y la espera de la mujer que ahora dialoga con la banca.

Aquí también se inventa el tiempo, los vagones que pasan eternamente, los paisajes aún sin recorrer y se leen tantos nombres indistinguibles en el humo que pasa veloz.

La mujer duerme, la maleta espera y yo sigo viajando dentro de mi puente inmóvil ahora que ya todo está oscuro y la niebla me dibuja entre las líneas de una estación lejana en la que sólo se escucha fantasmal, un silbido lontano.

Mi mesa envejece
En su cartografía ya existen más ríos
y alejadísimos lugares

Tarde mortecina

Me esperan las palomas ensangrentadas detrás de la puerta. La casa azul y vacía como las sábanas rotas en que una diminuta araña se atemorizaba en lo oscuro de la caída.

¡Ah la casa azul! Ahí guardo los gritos de los duendes abortados. Aquellos que acompañan como sombra a la vieja gata que despedazaron esa noche los visitantes.

Me esperan las palomas, los duendes, la araña sola.

La casa azul está llena de débiles latidos... pueden ser las mariposas disecadas que encerré en una cárcel de alfileres cuando niña o mi pulso miedoso... No. No es eso. Tan sólo es aquel reloj impuntual y desencajado que me regalaste

A veces
ella se queda
como una delgada planta
en un vaso con agua

Escucho las voces.

Los surcos terrosos se hunden en mis pies fracturados. El sonido del viento enredado en las voces lejanas me hacen incisiones en las mejillas.

Mi sangre se queda.

El árbol es alto y la fronda oscura alarga sus ramas a mis brazos. Subo al tronco con la ayuda de un aire resinoso. Las ramas se inyectan en mis manos. Siento como crecen en la sangre que queda. Las nervaduras se desdibujan y como a todas las hojas murmurantes, el viento comienza a mecarme suavemente

Me coloqué un antifaz
de sutil cadáver
y dormí toda la tarde

Una mujer blanquecina me mira desde el río. En su cabello enredado trae prendidos ciertos pájaros degollados. Algunos son azules con las plumas manchadas de rosa tenue. Todas las gargantas calladas las entierra bajo el sauce. La sangre se desata en mi cara transparente.

La blanca mujer vestida de blanco me mira con su cara de ahogada desde el fondo del río

Los jacintos me cubrieron de sangre.

Al salir de la casa, el cuervo huyó al mirarme toda derramada.

Me sacudí las flores del vestido y en mis dedos nacieron las semillas de un árbol que mañana me exhibirá colgada y desnuda.

Nadie oyó mis gemidos.

Me balanceaba y vi dentro de la casa que la última luz de vela se apagó y una sombra se acercó a mirarme desde la ventana.

Después cerró los postigos

Las plantas temblaban
Ella bajó las escaleras

Miró el reloj

Todo detenido
los tenedores sin reflejo
las vitrinas intactas
una mota de polvo tambaleándose en el aire
 una sola
el techo sin figuras
los tendederos afuera altísimos
 vacíos
el viento tímido tras la puerta

el silencio

el azul de las navajas

Entre las sábanas guardé lirios y alhelíes con los que hoy se roza mi cuerpo seco y marchito, pero ellas siguen floreciendo entre mi piel agusanada y muerta.

Salí al patio a mirar la araucaria gigante que él plantó hace un siglo y la casa azul se quedó en penumbras.

Yo sigo durmiendo entre mis árboles coloreados. Todos reverdecen con el reloj que hace temblar las ventanas

El campanario sonó y las hojas retumbaron en mis labios oscuros.
Tenía las manos manchadas de frutas y corrí hasta la plaza. Corrí como una
despavorida araña amenazada con las zancadas llenas de polvo.

Al llegar, la campana reventó sobre aquel árbol, ése que tiene en sus ramas
tus ojos marchitos y al verlos, mi blanco vestido se tiñó de oscuro

Algo se incendia y se apaga
Vuelan las cenizas
¡se riegan mis cenizas!

Hay un trozo de mí afuera de la ventana
otro allá lejos

Inmóvil queda entera
la planta junto a la ventana
y su discreta mutación

Toda la noche caminaron sobre las paredes.

Cuando los vi en lo oscuro llevaban los pétalos sobre sus espaldas, sin rocío ni espinas. Los veía andar y me enfilé tras ellos.

Me sacudí las alas y las plumas se deshojaron sobre las sábanas tristes y abandonadas.

Parecía que escuchaba tu voz en una habitación, un eco tibio; algo murmuraba como el reloj mi nombre muy suave y repetido.

Humedecida me desbordé por la ventana y salí a ciegas para que me mojara el cielo negro

¡El césped!
Sigue creciendo el césped
Las bardas son delgadas y amarillas
Será preciso rociar pronto la maleza

¡Qué todo despierte en la casa sola!

El horizonte está estrecho y nebuloso
lleno de troncos torcidos y arrancados de un cuadro
Apenas se distingue un camino de moras
tras la puerta verde

Mi piel de corteza tiene sed

La enredadera morada y temblorosa del callejón
expira al contemplarme
Lejos escucho un jardín
Los huesos de los árboles crujen
y las semillas empujan las raíces

Alguien detiene las cuerdas
Alguien toca
Palomas de arcilla picotean mensajes en el patio

Escucho
El vaho lila cae en otra calle indiferente

Y surgió el sonido del agua.
La música sorteando el silencio

Perdí el rastro en el bosque y los sándalos se deshojaban.
Yo era un conjunto musgoso de sombras, de dibujos de acacias y de pétalos oscuros.
Las hojas caían y su perfume cantaba.
El agua seguía preparándose en un rincón lejano.

¿Dónde se habrán escondido las huellas de aquel gigante callado?
Sigo andando.

Las hojas pequeñísimas se incrustan en mis dedos desnudos.
El otoño se me cae y me tiñe la piel de ausencia.
Me vuelvo quebradiza. Danzo entre las ramas y el aire perfumado me sopla y me murmura.
La caída es suave y el bosque sombreado se agiganta

Un día él viajó.

Cruzó varios ríos y muchos caminos.

Encontró su bosque, lo escuchó, miró el cielo negro y durmió ahí.

En la mañana caminó, buscó su Árbol y cuando lo encontró se fue con él.

Regresó cruzando los ríos, los caminos.

Llegó, trabajó solo y construyó su guitarra

No acabo de recorrer las habitaciones buscando un pequeñísimo rastro de río, de flor, de pájaro muerto.

Me quedo deshabitada como la casa que encontramos aquella noche

Eras un hombre azul que bordeaba mi piel solitaria.

Te derramabas igual que el río de flores pájaro: azules y moradas de las que corté mi vestido de miles de velos.

¡Ah! Eras como la casa que encontramos deshabitada. Llena de sal junto a las ramas enmarcando la puerta.

Ayer desperté y ahí estaban desechos los pétalos secos. El silencio retumbaba.

Los visitantes seguían tocando los pequeños tambores en la orilla. La sal se volvió espuma y se arrastró.

Ya nada queda.

El hombre azul, los pétalos, la casa se han vuelto ausencia

Vino persiguiéndome desde el río.

Escuchaba temblando sus pasos secos.

Yo llevaba un ramo de flores negras, de esos tulipanes que me han enlutado todos los vestidos.

Se que avancé a tientas y los pétalos se deshojaron.

Tenía un poco de miedo cuando sentía su sombra enredándose en mi cabello. Me murmuró palabras inentendibles y al pasar los cuervos gritaron asustados.

Llegamos a la casa y se llenó de noche.

Por ahí murmuraba escondido.

Yo encendí mis velas.

Avancé desnuda, trémula y me dejé morir

Me gusta quedarme a solas con los objetos.

Mirándolos inmóvil. Guardan secretos.

Los murmuran entre ellos.

La lámpara del rincón siempre se alegra al escucharlos.

Su luz también se calla y se queda quieta

Soy sólo un pedazo de vidrio que puedes encontrar en esta o cualquier calle
Tú eres un cristal fino, lustroso, caro, tornasolado, delgadísimo
 que mis manos torpes rompen a cada momento
 muy delicado, muy delgado y muy filoso
pueden hacer mucho daño sus cortes.
Uno termina siempre desangrándose

Se detuvieron los trenes inescuchados en un rincón del anfiteatro. Rodé hasta ahí para respirar el último humo hecho hilo en el aire. Hilo eterno.

Sólo la encontré a ella. Habló sin intención de su gran semilla guardada. Contó que a veces el cajón brilla lila y tonos morados más intensos por contenerla. Se detuvo un momento como los trenes y en silencio levantó la mirada y dijo que su árbol -su jacaranda- estaría así de grande y ya deshojado por estos meses.

Junto a nosotras la gente proseguía muda e inescuchada.

Después, yo me deshice de mi disfraz y dejé que los hilachos se enredaran en las zarzas

En esta tarde mortecina
en el hielo de las paredes huecas
un hijo imposible
me llama

Todo el cuarto estaba sahumado de insomnio.

Afuera el viento golpeaba en vaivén la cerca. Oscilaba y se detenía igual que el reloj descompuesto.

Desde la ventana veía la arboleda rodeando los hombros de la luna

Ayer Celia vino a visitarme. Cambió su mirada en cuanto me asomé a la puerta.

No sé cómo me vería. Yo no he podido mirarme.

Se velaron los espejos de la casa. Algo les cayó. No me reconozco en ellos.

Estuvimos toda la tarde en silencio y ella a veces me daba una de sus sonrisas. Luego murmuró algo de un hijo. Le envolví pan y flores cuando se despidió.

Es frágil -le dije a un pájaro que sesteaba en el árbol.

Luego, volví a colgarme junto a él

La casa es chica
pero esta tarde nacieron
retoños de puertas en todos los cuartos
las sombras de los muebles
se bifurcaron
la ropa tendida en la silla se enfrió

Busqué las llaves inencontradas
en los nuevos cajones
para abrir las puertas
viudas de picaporte

Las plantas sufrieron asfixia
Confundí los cuadros
con nuestras ventanas
Me contuve
Padecí de asma y sed
mirando las descoloridas puertas
escuchando allá
lejos
tu respiración
en una de las habitaciones

El desánimo ataca esta tarde. Con su aguja afilada y tramposa va hilvanando mis costados a la cama inmóvil, a la pared hueca y de tumba. Cose la aguja con desdén y violenta pica mis ojos en desagüe llenos de agua turbia. Agudo y efímero aguijón. Envenena.

Inmóvil sigo cavando una fosa

Mejor ya no se miraron
Tantearon las paredes
tropezaron con los muebles
(les dolían las espinillas)
los cacharros resbalaron

El agua consumió las plantas

No abrieron ni cerraron las ventanas
Hablaron de temas interesantes
de un cuarto a otro
No encendieron la luz en la misma habitación

La maceta se quebró en el pasillo

Escucharon música algunas veces

Durmieron
y durmieron

La mujer del parque
alisa sus cabellos en las tardes
Los pájaros pardos brincan
junto a las ratas furtivas
de los surcos de ciudad
A veces ella los confunde

La mujer se desenreda
mira el barullo incesante
desde una de sus serenas ventanas

Junta papeles
y libros olvidados en los botes

La vida y la muerte
pasan sin tocarla

Ella sigue extendiendo sus cabellos
sepultando su palabra bajo la tierra del parque
En las tardes
mientras los árboles
derrumban su sombra sobre los surcos

Estoy

Respiro lo que quedó impregnado en mi ropa
en mis párpados cerrados
en la punta de mis dedos
en la suela ignorada de mis zapatos

Quedo lista

callada

para salir

ya

de una vez

de entre los espejos

Imposible ser la hoja en blanco
la hoja que vuela
y tensa la superficie del agua
 en que patina
Imposible ser el trozo de papel
que se deja arrastrar
por el vaivén del barullo
Imposible ser la grava
que aún forma parte de la obra negra
Imposible ser la bombilla fundida
de la lámpara polvosa

De ésta que soy
salen ruidos que aturden
y luego deshacen y tuercen las sílabas
hasta hacer nacer un tambor
que sólo golpea y ensordece
en las paredes de adentro

Angustia
de no reconocer
en las palabras
nada propio

Ella escarbó hasta encontrar
la primera semilla de la noche

La miel de caracol inventa signos de sal
Los árboles ya cambian el rumbo
en su brújula

La luna comienza a inyectar
su sombra de mercurio

El caracol contempla sus señales

La niebla
sobre
la hoja
se esparce

Humo negro

El tedio de ser
esta misma especie
cada día
Esta especie de hartazgo
de ruido
de sueño inconcluso
de nombre inhabitado

¿Dónde está el Noé de estos tiempos? Ese que ha de construir la Nueva Barca para salvarnos de las enfermedades, del incendio, de la tormenta.
¿Dónde construirá un refugio para escondernos?

Ya lo único que queda es huir de los hombres

Mis huesos y mis vísceras
ya están encenizadas

Busco un depósito
para ofrendar este polvo

¿En qué urna podré vaciarme?

Escribo para que me tiren al mar
para que la espuma se impregne y se confunda
Escribo.